

[MÁS ALLÁ DEL DISCURSO]

CÓMO INTEGRAR
ENFOQUES DE GÉNERO
Y CLIMA EN PROGRAMAS
DE IMPACTO



Latimpacto

fundación
wub
Colombia



© Latimacto, Fundación WWB y WWF Colombia
Noviembre, 2025

Escrita por:

Gustavo Fructuozo Loiola (Latimacto)

Revisión y comentarios:

Catalina Herrera (Latimacto),
Luciana Marcolino (Conexsus),
Julia Santander (Eco Enterprises),
José Manuel Rincón (Fundación WWB),
Alejandra Galeano (Fundación WWB)
Soraya Husain (Fundación WWB).

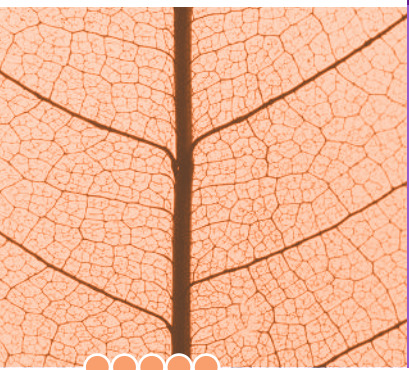
Con la colaboración de:



[CONTENIDO]



	Presentación	4	▶
1	¿Qué entendemos por clima y por género?	6	▶
2	Tendencias actuales en la integración de género y clima en los programas	9	▶
3	Desafíos y vacíos en la integración de género y/o clima	12	▶
4	Hacia la integración de género y clima: Conclusiones del Learning Lab	16	▶
5	Criterios Mínimos y Recomendaciones para una integración significativa	22	▶
	Glosario	29	▶
	Organizaciones participantes	31	



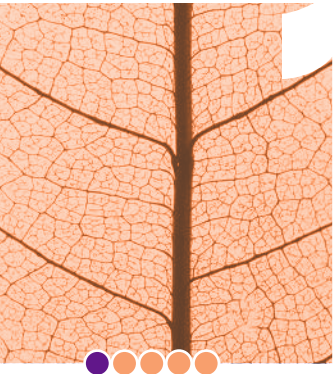
PRESENTACIÓN

La intersección entre el género y el clima se reconoce cada vez más como un pilar fundamental del desarrollo sostenible. En América Latina y el Caribe, numerosos gobiernos, organizaciones y fondos de inversión de impacto están incorporando perspectivas de género y cambio climático en sus políticas y programas. Sin embargo, a menudo surgen dudas sobre la profundidad y autenticidad de dicha integración. Muchas iniciativas pueden proclamar una sensibilidad de género o clima, pero sin compromisos ni acciones claras, significativas y medibles, corriendo el riesgo de caer en prácticas superficiales como el *greenwashing* (lavado verde) o el *gender-washing* (lavado de género). El *greenwashing* se refiere a presentar un proyecto o entidad como “verde”, sostenibles o climáticamente responsables, sin cambios sustantivos en sus prácticas o acciones. De forma análoga, el *gender-washing* implica promocionar una imagen de compromiso con la igualdad de género de manera engañosa, sin abordar realmente las desigualdades.

Para evaluar esta integración, conviene distinguir entre criterios formales y sustanciales. Los criterios formales se refieren a la adhesión a normativas nacionales e internacionales – por ejemplo, la existencia de políticas, planes o compromisos que mencionan la igualdad de género y la acción climática. Los criterios sustanciales, en cambio, apuntan a los cambios transformadores reales logrados: la conservación ambiental efectiva, la adaptación climática con participación inclusiva, la reducción de desigualdades socioeconómicas, entre otros. Es decir, un programa puede cumplir con requerimientos formales en sus documentos, pero solo consideraremos que integra verdaderamente ambos enfoques si genera impactos significativos en la realidad. Esta distinción entre lo formal y lo sustancial guía el análisis presentado en este informe.

Este informe explora qué entendemos al hablar de clima y de género en este contexto, revisa las tendencias actuales de integración de ambos enfoques en programas, y presenta un diagnóstico de los desafíos y vacíos compartidos que dificultan una integración genuina.

En este marco, se implementó un proceso metodológico denominado Learning Lab, concebido como un espacio de aprendizaje colectivo y co-creación promovido por Latimacto, que reunió a personas expertas y líderes de organizaciones de América Latina y el Caribe para reflexionar sobre cómo avanzar hacia una integración efectiva de los enfoques de género y clima en los programas de impacto. A través de sesiones participativas, intercambio de experiencias y análisis de casos, el Lab permitió identificar buenas prácticas, desafíos comunes y criterios mínimos para orientar a las instituciones y fondos hacia acciones más coherentes, medibles y transformadoras. Más que un evento puntual, el Learning Lab constituyó un proceso colaborativo de construcción de conocimiento regional, en el que teoría y práctica convergieron para trazar una hoja de ruta compartida hacia la igualdad de género y la acción climática con impacto real.



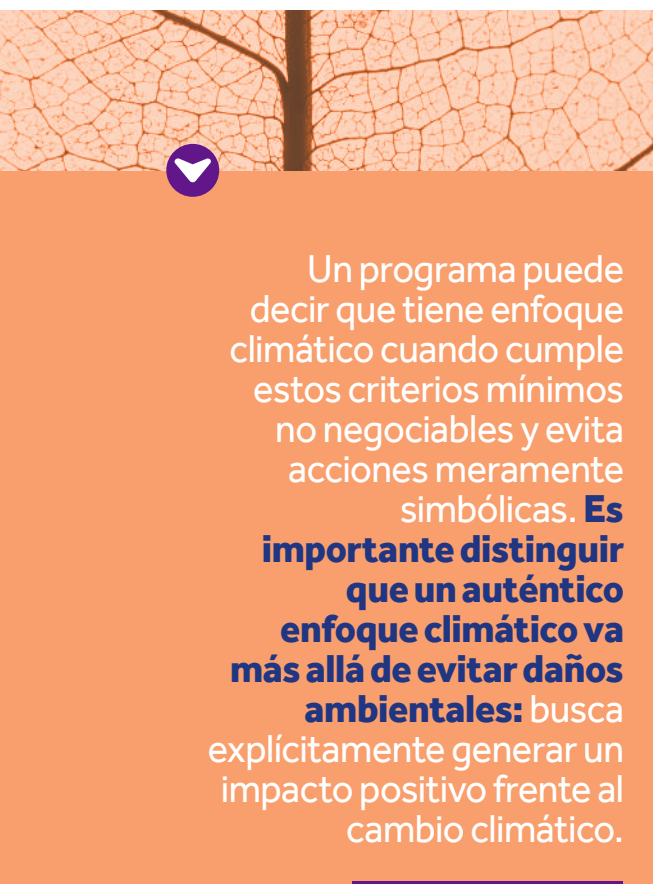
¿QUÉ ENTENDEMOS POR CLIMA Y POR GÉNERO?

▮ Clima (enfoque climático)

En el ámbito del desarrollo de impacto, al hablar de clima nos referimos principalmente a las acciones relacionadas con el cambio climático – tanto su mitigación (reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, transición energética, protección de sumideros de carbono, etc.), como la adaptación y resiliencia frente a sus impactos (preparar comunidades ante eventos extremos, manejo sostenible de recursos, etc.).

Incorporar un enfoque climático robusto implica que cada programa se convierta en una herramienta real para combatir la crisis climática y fortalecer la resiliencia de quienes más la padecen. Esto puede traducirse en criterios como: alineación con los objetivos del Acuerdo de París, medición y reducción verificable de la huella de carbono, incorporación de soluciones basadas en la naturaleza, y fortalecimiento de la resiliencia local ante desastres climáticos. También conlleva integrar las perspectivas de adaptación, mitigación y resiliencia de forma equilibrada en el diseño del programa. Por ejemplo, considerar cómo una iniciativa productiva reduce emisiones (mitigación), a la vez que mejora la capacidad de una comunidad para enfrentar sequías o inundaciones (adaptación), todo ello asegurando su sostenibilidad a largo plazo (resiliencia).

Un programa puede decir que tiene enfoque climático cuando cumple estos criterios mínimos no negociables y evita acciones meramente simbólicas. Es importante distinguir que un auténtico enfoque climático va más allá de evitar daños ambientales: busca explícitamente generar un impacto positivo frente al cambio climático.



► Género (enfoque de género)

El término género no es sinónimo de “mujeres”. Se refiere a los roles, comportamientos, actividades y atributos que la sociedad asigna como apropiados para hombres y mujeres en un contexto y tiempo determinados ([MADS, PNUD & Casas, 2001](#)). Estos constructos sociales generan desigualdades en oportunidades, poder y bienestar.

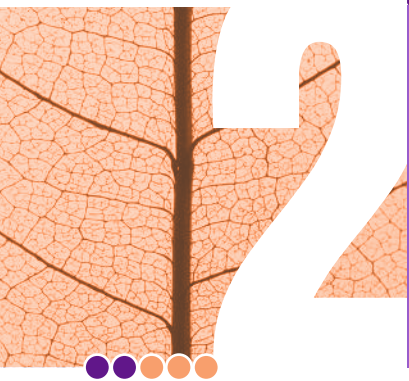
Adoptar un enfoque de género en un programa significa reconocer y actuar frente a las igualdades existentes, garantizando igualdad de derechos y oportunidades para todas las personas. En la práctica un enfoque auténtico implica transversalizar la perspectiva de género a lo largo de todo el ciclo del programa: desde el diagnóstico inicial- identificando cómo las problemáticas afectan de forma diferenciada a mujeres, hombres y personas de otras identidades- , hasta el diseño de actividades que respondan a esas necesidades y potencien sus capacidades, la asignación presupuestal con recursos específicos para la equidad, y un monitoreo y evaluación con indicadores desagregados por sexo.

¿Qué significa realmente? Significa incluir a las mujeres en la toma de decisiones, reconocerlas como beneficiarias y protagonistas activas de las soluciones, además de cuestionar normas y prácticas discriminatorias. Integrar el enfoque de género no es privilegiar a las mujeres sobre los hombres, sino asegurar igualdad de oportunidades para todos y todas. Así, las necesidades, roles y habilidades de cada grupo se convierten en parte esencial del diseño, ejecución, seguimiento y evaluación de políticas, planes y proyectos. Un principio clave, tal como señalan las [guías colombianas](#) desarrolladas por el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible de Colombia & PNUD (2021), es que integrar el enfoque de género no se trata de favorecer a las mujeres por encima de los hombres, sino de garantizar igualdad de derechos y oportunidades para ambos. Esto asegura que las necesidades, roles y habilidades de mujeres y hombres formen parte integral del diseño, ejecución, monitoreo y evaluación de las políticas, planes o proyectos.

En síntesis, un programa con enfoque de género significativo va más allá de incluir a las mujeres: transforma positivamente las relaciones de género: empodera a poblaciones tradicionalmente excluidas y busca prevenir las brechas o estereotipos

Al hablar de la intersección género-clima, combinamos ambos enfoques: reconocemos que la crisis climática no es neutral al género, es decir, afecta de manera diferenciada a mujeres y hombres, debido a sus roles y desigualdades preexistentes ([Green Climate Fund, 2005](#)). Por ejemplo, se ha documentado ampliamente que las mujeres suelen ser más vulnerables a los desastres climáticos y a la degradación ambiental por factores como mayor pobreza, responsabilidades de cuidado y menor acceso a recursos e información. En contextos urbanos, por ejemplo, las mujeres en situación de pobreza a menudo residen en zonas de mayor riesgo (barrios informales propensos a inundaciones o deslizamientos) y, debido a roles de género tradicionales, suelen tener movilidad reducida y asumir la protección de menores y ancianos, lo que incrementa su vulnerabilidad durante eventos extremos como inundaciones u olas de calor ([UNDRR, 2023](#)). A la vez, las mujeres son agentes clave de cambio: lideresas en la gestión comunitaria de recursos, agricultoras conocedoras y promotoras de iniciativas de adaptación y mitigación.

Un enfoque integrado género-clima busca maximizar estas sinergias – empoderando a las mujeres como parte de la solución climática – y garantizar que las acciones climáticas no reproduzcan ni agraven las desigualdades de género, sino que más bien contribuyan a reducirlas. En la práctica, esto implica asegurarse de que toda acción climática sea sensible al género (*gender-responsive*) y que toda acción de empoderamiento o equidad de género considere la sostenibilidad ambiental y climática.



TENDENCIAS ACTUALES EN LA INTEGRACIÓN DE GÉNERO Y CLIMA EN LOS PROGRAMAS

En los últimos años se observa un avance importante en el reconocimiento político de la perspectiva de género en la agenda climática, tanto a nivel internacional como en la región latinoamericana. En el plano global, la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) tardó en incorporar el tema de género, pero desde 2014 (Programa de Trabajo de Lima sobre Género) y especialmente a partir del Acuerdo de París de 2015 (que incluye la igualdad de género como principio) se han establecido mandatos claros para lograr políticas climáticas con enfoque de género ([Gender Climate Tracker](#)). En 2017 se adoptó el primer Plan de Acción de Género de la CMNUCC, reforzado en 2019 con una versión ampliada, lo cual ha impulsado a los países a integrar la igualdad de género tanto en las negociaciones internacionales como en sus políticas nacionales de cambio climático. Hoy en día, más del 90% de los países mencionan el tema de género en sus Contribuciones Determinadas a Nivel Nacional (NDCs) presentadas bajo el Acuerdo de París ([Soubeyran & Choudhary, 2023](#)).

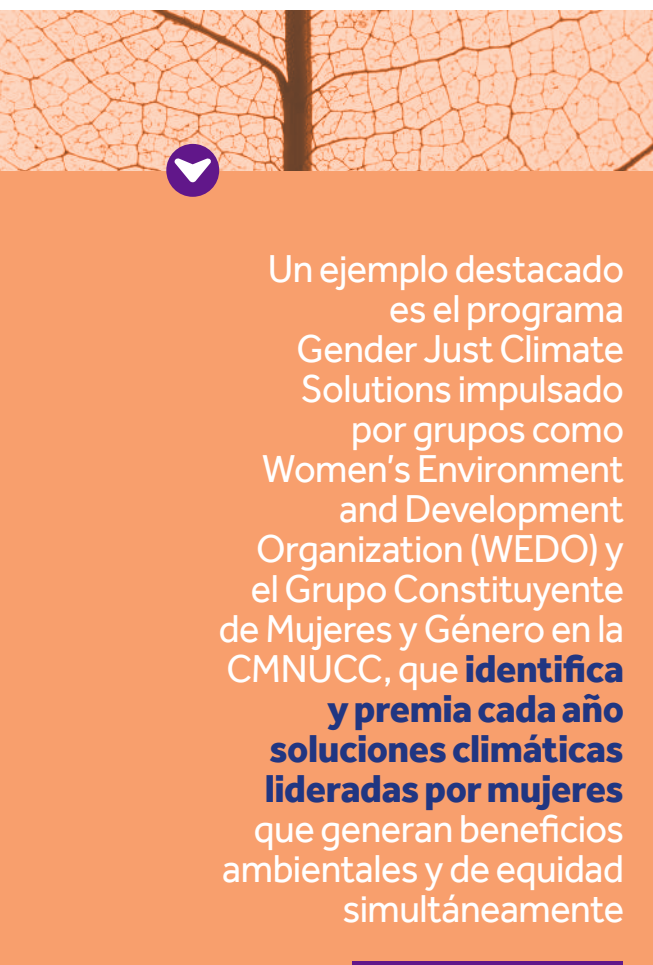
En América Latina y el Caribe, casi todos los gobiernos han incorporado consideraciones de género en sus estrategias y planes nacionales de cambio climático, adoptando políticas, y programas específicos, además de desarrollar directrices específicas para asegurar esa transversalización ([CEPAL, 2022](#)).

Esto significa que, al menos en el papel, la gran parte de las políticas climáticas latinoamericanas reconocen normativamente o legislativamente las diferencias de género en la vulnerabilidad y en la capacidad de aportar soluciones. Por ejemplo, países como México, Chile, Colombia, Perú, Panamá, entre otros, han elaborado planes o acciones de género y cambio climático. Panamá, por citar un caso, inició en 2020 la formulación de su Plan Nacional de Género y Cambio Climático con el apoyo de PNUD, alineando este plan con sus compromisos sectoriales en la NDC (energía, bosques, agua, agricultura, etc.) y definiendo acciones concretas con indicadores de proceso y resultado que aseguren las

consideraciones de género en la implementación ([MiAMIENTE & PNUD, 2021](#)). El proceso panameño incluyó amplias jornadas de escucha activa con mujeres de diversas comunidades (indígenas, rurales, jóvenes) para construir colectivamente una herramienta adaptada y consensuada. Este es un ejemplo de buena práctica donde la integración género-clima no se queda en teoría, sino que se traduce en planificación participativa, multisectorial y con métricas de seguimiento.

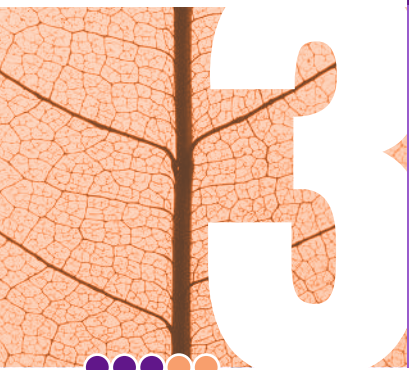
Otra tendencia positiva es que diversos organismos internacionales y fondos climáticos exigen ya la incorporación del enfoque de género en los proyectos. El [Fondo Verde para el Clima \(GCF\)](#), por ejemplo, desde su inicio ha establecido la transversalización de género como elemento esencial para acceder a financiamiento. El GCF requiere que cada propuesta de proyecto incluya una evaluación de género del contexto local y un Plan de Acción de Género con actividades, indicadores desagregados, metas y presupuesto específico para promover la igualdad. Esto ha incentivado a que implementadores de proyectos climáticos (sean agencias gubernamentales, ONGs o bancos de desarrollo) fortalezcan sus capacidades en análisis de género. De igual modo, iniciativas regionales como el programa EUROCLIMA+ de la Unión Europea han apoyado la integración de género en políticas climáticas de varios países latinoamericanos, facilitando diálogos entre puntos focales de género y clima y compartiendo herramientas metodológicas. Países como Ecuador, Chile y Colombia han desarrollado cajas de herramientas y listas de chequeo para que sus equipos sectoriales incorporen la perspectiva de género en proyectos de mitigación y adaptación ([CEPAL, 2022](#)). Estas guías prácticas – por ejemplo, manuales de cómo hacer un presupuesto sensible al género en proyectos de resiliencia, o cómo asegurar la participación de mujeres en planes de gestión de riesgo – son resultado de un aprendizaje regional colectivo y demuestran que la integración se está operacionalizando poco a poco en distintos sectores (agrícola, forestal, gestión del agua, energía, etc.).

Asimismo, en la sociedad civil y el sector comunitario vemos crecer la confluencia entre agendas climáticas y de género. Redes feministas y ambientales promueven conceptos como la justicia climática con igualdad de género, subrayando que la voz y el liderazgo de las mujeres (incluidas jóvenes, indígenas, afrodescendientes) son cruciales en las soluciones climáticas locales. Un ejemplo destacado es el programa Gender Just Climate Solutions impulsado por grupos como [Women's Environment and Development Organization \(WEDO\)](#) y el [Grupo Constituyente de Mujeres y Género en la CMNUCC](#), que identifica y premia cada año soluciones climáticas lideradas por mujeres que generan beneficios ambientales y de equidad simultáneamente. Estas soluciones van desde proyectos de energía renovable gestionados por cooperativas de mujeres, hasta iniciativas de adaptación agrícola que empoderan a comunidades locales.



La difusión de estos casos ha visibilizado cómo la intersección género-clima se puede traducir en proyectos efectivos sobre el terreno, inspirando a otras organizaciones a replicar modelos similares. No obstante, integrar género y clima actualmente suele presentar un mosaico de enfoques: mientras algunas iniciativas son verdaderamente transformadoras, otras se quedan en lo superficial. Un análisis de políticas de cambio climático de distintos países muestra que, aunque 90% de las NDCs mencionan la igualdad de género, solo alrededor del 20% de las estrategias de desarrollo a largo plazo incorporan género de manera significativa ([Soubeyran & Choudhary, 2023](#)). Incluso cuando se menciona en documentos, la implementación efectiva es escasa en muchos casos debido a obstáculos institucionales. Estudios en América Latina confirman que a menudo falta personal capacitado en género dentro de las instituciones climáticas y los recursos financieros asignados son insuficientes para convertir el discurso en acción.

En otras palabras, las políticas pueden decir las cosas correctas, pero en la práctica los proyectos climáticos continúan muchas veces siendo ciegos al género, y las iniciativas de igualdad de género rara vez consideran la variable climática más allá de ciertos sectores.



DESAFÍOS Y VACÍOS EN LA INTEGRACIÓN DE GÉNERO Y/O CLIMA

A pesar de los progresos señalados, persisten desafíos importantes y vacíos que impiden una integración genuina de los enfoques de género y clima en los programas. A continuación, se presenta un diagnóstico compartido de algunas de las principales brechas:

► **Riesgo de integraciones superficiales (*washing*)**

Uno de los mayores peligros es la adopción superficial de estos enfoques por cumplir con requisitos o mejorar imagen, sin un compromiso real. En el caso del enfoque de género, esto se manifiesta cuando un programa se autodenomina “con enfoque de género” simplemente por incluir cierto porcentaje de mujeres beneficiarias o alguna mención simbólica, pero sin cuestionar las relaciones de poder ni empoderar a las mujeres en la toma de decisiones. Este “*gender-washing*” puede darse, por ejemplo, en empresas o fundaciones que publicitan eventos para mujeres o campañas en redes sociales, pero cuyos proyectos continúan excluyendo a las mujeres de roles significativos o incluso agravando impactos negativos sobre ellas.

Por otro lado, el “*greenwashing*” o *climate-washing* ocurre cuando se etiqueta un proyecto como “verde” o climático sin que tenga impactos medibles en mitigación o adaptación. Algunos programas sociales añaden componentes menores de reciclaje, plantación de árboles u oficinas “eco-amigables” para proclamarse climáticamente responsables, aunque su núcleo operativo no contribuya realmente a reducir emisiones ni a aumentar resiliencia. Estos lavados de imagen no solo son engañosos, sino que diluyen la confianza en las verdaderas iniciativas con enfoque de género y clima. Por ello, identificar criterios mínimos claros (el objetivo de nuestro Learning Lab) es clave para desenmascarar estas prácticas. Preguntarnos, por ejemplo: ¿Cuenta el programa con análisis de género y clima serios? ¿Tiene objetivos específicos en estas áreas y presupuesto asignado? ¿Rinde cuentas con indicadores de impacto? Si la respuesta es no, probablemente estemos ante un caso de integración superficial. Un recurso conceptual útil es

el continuo de igualdad de género (UFPA, 2024), que sitúa las intervenciones en un espectro desde abordajes neutros o incluso perjudiciales para la equidad, pasando por acciones meramente sensibles al género, hasta iniciativas verdaderamente transformadoras. Aplicar este continuo permite distinguir rápidamente cuándo una acción es simbólica y cuándo contribuye a cambios de fondo en las relaciones de género, incentivando a los programas a moverse hacia el extremo transformador.

► Falta de datos desagregados y análisis específico

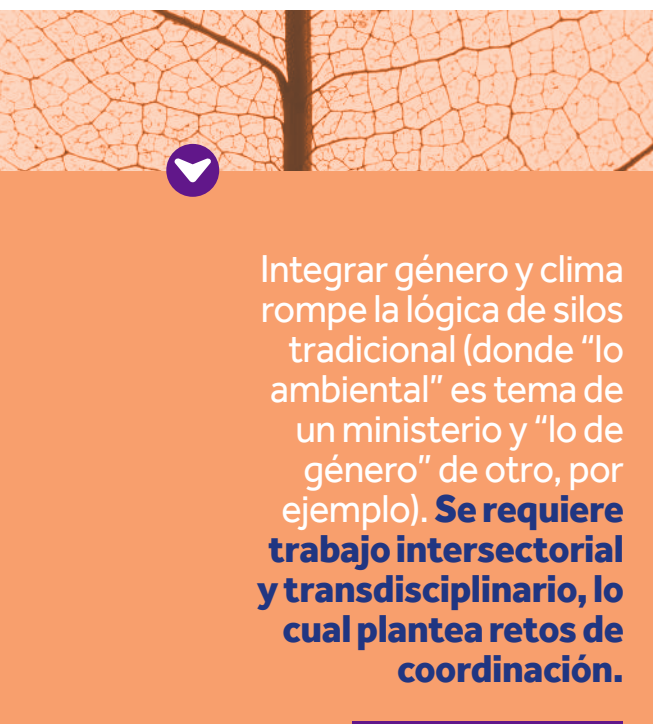
Un desafío operacional señalado por algunos países es la escasez de datos desagregados por sexo y otras variables relevantes para vincular clima y género (CEPAL, 2022). Sin información diferenciada (por ejemplo, sobre cómo hombres y mujeres se ven afectados económicamente tras eventos climáticos, o cuál es la brecha de acceso a tecnologías sostenibles), es difícil diseñar intervenciones focalizadas y medir progreso.

Mejorar la integración exige invertir en sistemas de monitoreo sensibles al género, incorporando la recopilación de datos desagregados en proyectos climáticos, y en la capacidad de los equipos técnicos para analizarlos. Esto implica generar datos desagregados no solo a nivel nacional, sino subnacional y en otras escalas. Actualmente, muchas evaluaciones de riesgo climático nacionales no consideran las dinámicas de género, y viceversa, debido a que los observatorios de género no incluyen indicadores ambientales. Este desencuentro estadístico genera un vacío de diagnóstico. Sin diagnóstico no hay diseño efectivo: si un programa no identifica claramente cómo una sequía afecta la carga de trabajo de las mujeres rurales, difícilmente propondrá soluciones adecuadas (por ejemplo, proveer sistemas de riego accesibles manejados por cooperativas femeninas).

► Capacidades institucionales y coordinación intersectorial insuficientes

Integrar género y clima rompe la lógica de silos tradicional (donde “lo ambiental” es tema de un ministerio y “lo de género” de otro, por ejemplo). Se requiere trabajo intersectorial y transdisciplinario, lo cual plantea retos de coordinación. Muchas personas funcionarias y profesionales climáticos no han sido formadas con enfoque de género, mientras que quienes trabajan en igualdad de género pueden carecer de conocimientos técnicos climáticos.

Países de la región han avanzado creando mecanismos interinstitucionales (mesas de trabajo conjuntas entre ministerios de medio ambiente y de la mujer,



por ejemplo) y desarrollando guías metodológicas para las distintas carteras (CEPAL, 2022). No obstante, un diagnóstico común es que “aún se requiere establecer una hoja de ruta” más clara para dotar de capacitación continua a los equipos, definir acciones conjuntas y delinear responsabilidades de cada sector en esta intersección. La ausencia de dicha hoja de ruta y de liderazgo claro puede llevar a que todos asuman que la integración es importante, pero nadie se apropie plenamente de implementarla. Asimismo, faltan expertos/as en género y clima: profesionales interdisciplinarios que manejan ambos lenguajes. Esto se relaciona con la necesidad de nuevos marcos teóricos y metodológicos inter y transdisciplinarios para abordar simultáneamente justicia social y acción climática. Universidades y centros de formación apenas comienzan a ofrecer especializaciones en esta intersección, lo que significa que la masa crítica de recursos humanos todavía es limitada.

► **Financiamiento y enfoque en resultados**

Otro factor frecuente es la limitada asignación de recursos para llevar a cabo las acciones de género y clima. Integrar enfoques de forma significativa puede requerir presupuesto adicional para, por ejemplo, consultas inclusivas en comunidades, desarrollo de materiales de capacitación bilingües (español y lenguas indígenas) sobre resiliencia climática con mujeres, contratación de personal especializado, etc. Si los donantes o patrocinadores no exigen ni monitorean la transversalización, las organizaciones ejecutoras pueden no priorizar este asunto cuando los recursos son escasos.

Los estudios indican que, a nivel global, sigue sin destinarse suficiente financiamiento climático con perspectiva de género, y que las acciones tienden a concentrarse más en adaptación (donde es evidente la vulnerabilidad de las mujeres) que en mitigación, donde falta integrar a las mujeres como agentes económicas de la transición (Dupar & Tan, 2022). Un informe reciente (GLOW, 2022) destaca que existe el riesgo de que las transiciones hacia economías bajas en carbono exacerben brechas de género si no se incluyen medidas intencionales para el empoderamiento económico de las mujeres en nuevos sectores verdes. Es decir, podemos avanzar en energía solar, movilidad eléctrica u otras soluciones climáticas, pero si esas oportunidades laborales y de emprendimiento no están abiertas para las mujeres, la desigualdad podría incluso aumentar. Actualmente, solo unos pocos gobiernos pioneros han articulado visiones integradas de desarrollo bajo en carbono con

igualdad de género (se citan casos como Antigua y Barbuda, Nepal o Islas Marshall), y probablemente necesiten apoyo externo para materializarlas. Para la mayoría, el desafío es traducir los compromisos genéricos en acciones concretas, dotadas de presupuesto y con metas verificables de doble impacto (climático y de género).

► Barreras socioculturales e involucramiento de la comunidad

Finalmente, es importante reconocer los obstáculos socioculturales que pueden entorpecer la integración. Los roles de género tradicionales a veces limitan la participación de las mujeres en proyectos comunitarios o en sectores técnicos (por ejemplo, energía o manejo forestal). Si un programa climático no trabaja conjuntamente las normas culturales (por ejemplo, quién controla la tierra, quién toma decisiones familiares), puede terminar reproduciendo exclusiones. Asimismo, para que un programa realmente aborde la intersección género-clima, necesita la participación activa de las propias mujeres y comunidades locales en el diseño de soluciones. Un vacío identificado es que muchas intervenciones siguen siendo de arriba hacia abajo (top-down), diseñadas desde despachos técnicos sin suficiente consulta a las mujeres de base que enfrentan día a día los retos climáticos.

Cerrar este vacío requiere procesos participativos, como los que mencionamos en Panamá u otros países, donde múltiples voces (incluyendo hombres aliados) definan qué significa para su contexto un enfoque integrado. Solo así las soluciones serán apropiadas y sostenibles. De igual manera, involucrar a las organizaciones comunitarias de base (cooperativas, asociaciones locales) y a grupos de hombres aliados se considera esencial para cuestionar colectivamente los estereotipos de género y difundir nuevas normas equitativas, lo que refuerza la legitimidad de las intervenciones y facilita cambios culturales sostenibles.

En resumen, nos encontramos en un punto de inflexión: la importancia de integrar género y clima está aceptada en el discurso y existen marcos políticos y ejemplos prometedores, pero persisten desafíos para pasar del dicho al hecho. El diagnóstico revela necesidades compartidas de fortalecer la evidencia (datos, estudios), la capacidad (formación, guías prácticas), la voluntad política (liderazgo y asignación de recursos) y la rendición de cuentas para evitar enfoques cosméticos.

Esta brecha entre intención y acción es precisamente lo que buscamos cerrar mediante un marco de referencia claro – con criterios mínimos – que oriente a programas e inversiones a realmente cumplir lo que prometen en materia de género y clima. El Learning Lab propuesto por Latimprote ofreció una oportunidad para que expertos y líderes de América Latina y el Caribe reflexionen conjuntamente sobre estos vacíos y desafíos, y propongan soluciones concretas.



CONCLUSIONES DEL LEARNING LAB: HACIA LA INTEGRACIÓN SIGNIFICATIVA DE GÉNERO Y CLIMA

Tras la fase de diagnóstico, el Learning Lab de Latimpacto reunió a personas expertas y líderes de América Latina para compartir experiencias, retos y soluciones en la intersección género-clima. Esta segunda parte del informe sintetiza las buenas prácticas destacadas por organizaciones participantes, los desafíos prácticos enfrentados al integrar ambos enfoques, y propone criterios mínimos y recomendaciones para asegurar una integración genuina – evitando el gender-washing y greenwashing. Asimismo, incluye ejemplos concretos discutidos en este espacio y reflexiones sobre cómo medir un impacto real que promueva cambios estructurales duraderos.

▣ Buenas Prácticas en la Integración de Género y Clima

Durante el Learning Lab, diversas organizaciones presentaron iniciativas exitosas que demuestran cómo las sinergias entre género y clima pueden potenciar el impacto:

Planificación participativa con perspectiva de género

Se destacó el caso de Panamá, cuyo Plan Nacional de Género y Cambio Climático (elaborado con apoyo del PNUD) incorporó amplias jornadas de consulta a mujeres indígenas, rurales y jóvenes para codiseñar soluciones climáticas. El plan define acciones concretas con indicadores de proceso y resultado sensibles al género, alineadas a las metas climáticas nacionales. Esta experiencia demuestra que involucrar a las mujeres en el diagnóstico y diseño garantiza que las medidas climáticas sean relevantes localmente y equitativas, traducándose en una planificación multisectorial con métricas de seguimiento.

Criterios de inversión con doble enfoque

Varias organizaciones financieras de impacto indicaron que han integrado requisitos de género y clima en sus procesos de inversión. Por ejemplo, fondos climáticos internacionales como el [Fondo Verde para el Clima \(GCF\)](#) ya exigen



Esta experiencia demuestra que **involucrar a las mujeres en el diagnóstico y diseño garantiza que las medidas climáticas sean relevantes localmente y equitativas**, traduciéndose en una planificación multisectorial con métricas de seguimiento.

que cada proyecto incluya una evaluación de género del contexto local y un plan de acción de género con actividades, indicadores desagregados, metas y presupuesto específico para promover la igualdad. Esta buena práctica incentiva a implementadores a fortalecer sus capacidades en análisis de género y asegura que ningún proyecto financiado carezca de intencionalidad en equidad. De forma similar, algunos inversores de impacto locales ahora condicionan su financiamiento a que las iniciativas presenten objetivos tanto climáticos como de empoderamiento femenino, promoviendo una transversalización real en el portafolio.

Herramientas y capacitación para la transversalización

Las personas participantes resaltaron la utilidad de guías metodológicas, listas de verificación y capacitación para integrar género en proyectos climáticos. Países como Ecuador, Chile o Colombia han desarrollado cajas de herramientas sectoriales (energía, agua, agricultura, etc.) que orientan a sus equipos en cómo incorporar la perspectiva de género en proyectos de mitigación y adaptación. Estas guías – por

ejemplo, manuales sobre presupuestos sensibles al género en proyectos de resiliencia, o cómo asegurar la participación de mujeres en planes de gestión de riesgos – son fruto de aprendizajes colectivos en la región. Organizaciones de la sociedad civil también han creado espacios de formación específicos: un caso mencionado fue la creación de escuelas de liderazgo climático para mujeres, donde decenas de lideresas comunitarias se capacitan en el nexo entre igualdad de género y acción climática, fortaleciendo sus habilidades para incidir en proyectos locales. Tales iniciativas de formación ayudan a subsanar brechas de conocimiento y a crear una masa crítica de profesionales “híbridos” (con competencias tanto en género como en clima) dentro de las instituciones.

Proyectos comunitarios con enfoque integrado

Se compartieron ejemplos inspiradores de la base comunitaria que evidencian resultados positivos duales. Uno de ellos es el programa internacional [Gender Just Climate Solutions](#), que premia soluciones lideradas por mujeres con beneficios ambientales y de equidad simultáneamente. Entre las iniciativas reconocidas figuran cooperativas de energía renovable gestionadas por mujeres y proyectos de agricultura climáticamente resiliente que empoderan comunidades locales. En América Latina, experiencias similares incluyen grupos de mujeres rurales liderando esfuerzos de reforestación y restauración de ecosistemas, o cooperativas

femeninas que adoptan tecnologías limpias (como cocinas mejoradas y energía solar) para mejorar medios de vida disminuyendo emisiones. Estas prácticas exitosas subrayan la importancia del liderazgo de las mujeres – incluidas jóvenes, indígenas y afrodescendientes – en las soluciones climáticas locales. También se destacó la necesidad de reconocer y apoyar trabajos tradicionalmente invisibilizados, como las labores de cuidado no remuneradas y las artesanías de mujeres indígenas, dado que aportan significativamente a la resiliencia comunitaria y a las soluciones climáticas locales a pesar de no ser usualmente valorados en la economía formal. Igualmente, varias de estas experiencias rescatan principios de cooperativismo solidario y evidencian la enorme agencia de las mujeres indígenas en la gestión sostenible de sus territorios, demostrando que sus conocimientos y organización comunitaria son pilares para el éxito de las soluciones. Su difusión está inspirando a otras organizaciones a replicar modelos y adaptarlos a sus contextos, demostrando que la integración género-clima no solo es posible, sino también efectiva sobre el terreno.

► **Desafíos en la integración: experiencias desde la práctica**

A pesar de los avances y casos ejemplares, las personas participantes identificaron múltiples desafíos prácticos que dificultan una integración genuina en sus programas e inversiones. Estos obstáculos – de tipo sociocultural, institucional, técnico y financiero – explican en gran medida la brecha observada entre el discurso y la ejecución:

Resistencias socioculturales

Las normas de género tradicionales pueden frenar la participación de las mujeres en proyectos climáticos. En varias comunidades, se informó que las mujeres enfrentan barreras culturales para asumir roles de liderazgo o acceder a recursos productivos (tierra, crédito, tecnología). Si un programa climático no aborda explícitamente estas dinámicas – por ejemplo, quién controla la tierra o toma decisiones familiares – corre el riesgo de reproducir exclusiones preexistentes. Un vacío común es la falta de involucramiento activo de las propias mujeres en el diseño de las soluciones: muchas intervenciones siguen siendo de arriba hacia abajo (top-down), diseñadas desde despachos técnicos sin suficiente consulta a las mujeres de base. Las personas participantes enfatizaron que cerrar esta brecha sociocultural requiere tiempo y enfoques participativos: es crucial trabajar con hombres aliados y líderes locales para transformar creencias, y co-crear las soluciones con las comunidades para que éstas sean apropiadas y sostenibles. En este sentido, señalaron que sumar a las organizaciones comunitarias existentes (ej. asociaciones vecinales, cooperativas locales) y lograr que hombres referentes



de la comunidad promuevan la equidad de género ayuda a acelerar el cambio de normas, al provenir el mensaje desde dentro de la propia cultura.

Silos institucionales y capacidad limitada

Integrar género y clima implica romper compartimentos estancos en las organizaciones. Sin embargo, en la práctica muchos equipos operan de forma aislada: las personas expertas climáticas a menudo no han sido formadas en enfoque de género, mientras que quienes promueven igualdad de género pueden carecer de conocimientos técnicos climáticos. Esta desconexión se agrava cuando no existe un liderazgo claro ni mecanismos intersectoriales que reúnan a las partes – por ejemplo, mesas de trabajo conjuntas entre las áreas de ambiente y de género. Si bien algunos países han creado instancias de coordinación y guías metodológicas para todas las carteras, en las organizaciones participantes del Lab aún “falta una hoja de ruta” concreta que defina responsabilidades de cada sector, protocolos de colaboración y capacitación continua.

La ausencia de personal híbrido experto en género y clima se traduce en que nadie se apropia plenamente de implementar la intersección. Asimismo, muchas pequeñas empresas enfrentan esta misma limitación de capacidades: antes de poder combinar ambos enfoques requieren formación básica por separado en sostenibilidad climática y en igualdad de género, dado que sus equipos suelen desconocer los conceptos fundamentales de una u otra materia. Para superar este reto, las instituciones deben invertir en fortalecer capacidades internas (formaciones, contratación de especialistas) y establecer incentivos claros para el trabajo transdisciplinario.

Brechas en datos y medición

Un desafío operacional recurrente es la escasez de datos desagregados por sexo, edad u otros factores relevantes, que impide visibilizar las conexiones entre desigualdad de género y vulnerabilidad climática. Sin información diferenciada – por ejemplo, sobre cómo hombres y mujeres se recuperan económicamente tras eventos extremos, quién accede a créditos verdes, o cómo varía la adopción de tecnologías sostenibles – los programas difícilmente pueden diseñar intervenciones focalizadas ni medir su progreso. Muchas personas participantes admitieron dificultades para monitorear el impacto de género dentro de pro-

yectos climáticos debido a sistemas de seguimiento poco sensibles al género. Mejorar la integración requiere invertir en sistemas de monitoreo y evaluación con perspectiva de género, incorporando desde el inicio indicadores desagregados y métodos de recolección de datos que capturen los distintos efectos en poblaciones diversas. También implica fomentar la colaboración entre áreas técnicas: que las evaluaciones de riesgo climático incluyan variables sociales, y que los observatorios de género integren indicadores ambientales, evitando así “puntos ciegos” en el diagnóstico integrado.

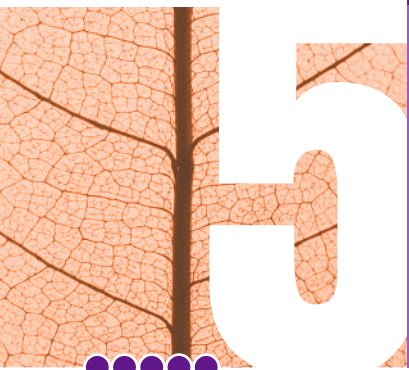
Financiamiento insuficiente y enfoque a corto plazo

Frecuentemente, integrar género y clima de forma robusta requiere recursos adicionales y una visión de largo plazo que choca con la realidad de muchos proyectos. Las personas participantes señalaron que, salvo que los donantes o inversionistas lo exijan y monitoreen, la transversalización suele quedar relegada cuando el presupuesto es limitado. Actividades esenciales – como consultas comunitarias inclusivas, materiales de capacitación bilingües (ej. en español y lenguas indígenas) o contratación de personal especializado – pueden ser percibidas como extras prescindibles si no hay un compromiso financiero explícito. Además, los plazos de ejecución cortos dificultan ver cambios transformadores en igualdad de género o resiliencia climática, los cuales toman tiempo. Varios panelistas enfatizaron la importancia de alinear expectativas de resultados: la integración auténtica implica procesos graduales (empoderamiento comunitario, cambios culturales, fortalecimiento institucional) que no siempre se reflejan en los indicadores inmediatos de un proyecto de 1-2 años.

Esto demanda que financiadores y gestores adopten un enfoque más estratégico y paciente, invirtiendo con miras a impactos sostenibles más que a logros rápidos. También destacaron la necesidad de más financiamiento climático con perspectiva de género, especialmente en iniciativas de mitigación donde el rol de las mujeres como agentes económicas de la transición ha sido subestimado. Un estudio global reciente advierte que las transiciones hacia economías bajas en carbono podrían ampliar brechas de género si no se incluyen medidas intencionales para empoderar económicamente a las mujeres en los nuevos sectores verdes. En otras palabras, sin financiamiento adecuado y diseño inclusivo, corremos el riesgo de agravar desigualdades en nombre de la acción climática.

En conjunto, estos desafíos explican por qué, a pesar de que más del 90% de los países mencionan la igualdad de género en sus planes climáticos, solo ~20% de sus estrategias realmente la incorporan de manera significativa. Los obstáculos operativos (falta de datos, capacidad, recursos, etc.) se traducen en que muchas

intervenciones climáticas continúan siendo “ciegas al género”, mientras iniciativas de género rara vez consideran la variable climática a profundidad. Reconocer estas brechas comunes permitió a las personas participantes del Lab intercambiar aprendizajes y “desmitificar” la integración, entendiendo que los retos que enfrentan son compartidos y superables mediante acción colectiva



CRITERIOS MÍNIMOS Y RECOMENDACIONES PARA UNA INTEGRACIÓN SIGNIFICATIVA

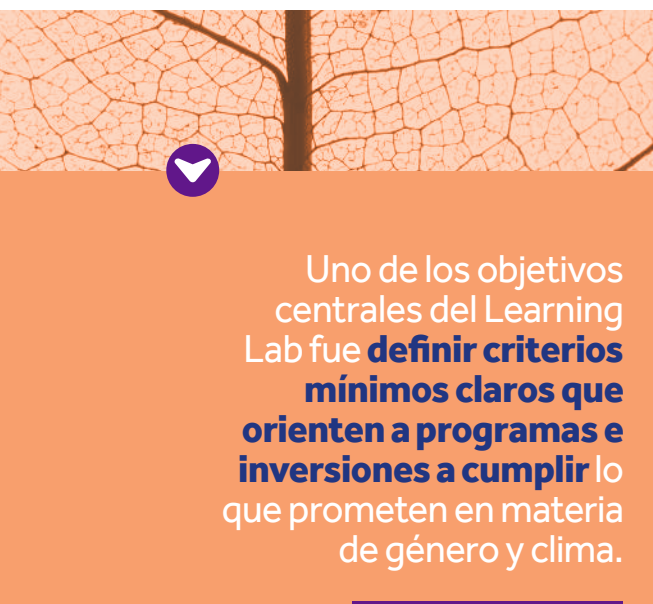
Uno de los objetivos centrales del Learning Lab fue definir criterios mínimos claros que orienten a programas e inversiones a cumplir lo que prometen en materia de género y clima. Estos criterios buscan desenmascarar las integraciones cosméticas y garantizar que los compromisos se traduzcan en acciones reales, evitando caer en greenwashing o gender-washing. A partir de las discusiones, se recomiendan los siguientes elementos no negociables para una integración significativa:

► **Análisis de contexto específico**

Todo programa o proyecto debe iniciar con un análisis robusto de género y clima, que identifique desigualdades y vulnerabilidades diferenciadas, así como el rol potencial de distintos grupos (mujeres, hombres, diversidades) en las soluciones. Este análisis dual sirve de base para diseñar intervenciones relevantes; sin él, cualquier integración será superficial. Una buena práctica es realizar diagnósticos participativos: entrevistas, grupos focales o encuestas que recojan las voces de mujeres y hombres de la comunidad sobre los riesgos climáticos y barreras de género que enfrentan. Existen metodologías participativas específicas para este fin – por ejemplo, el [Diagnóstico de Género en Cadenas de Valor \(DGCV\)](#), los mapeos de rutina diaria, el análisis de restricciones de género o los sociogramas comunitarios – que pueden emplearse para profundizar en esta comprensión del contexto y visualizar brechas ocultas.

► **Objetivos claros de doble impacto**

Los programas deben plasmar explícitamente objetivos de género (empoderamiento, reducción de brechas, participación equitativa) y objetivos climáticos (reducción de emisiones, aumento de resiliencia, conservación ambiental) interconectados. No basta con aspiraciones generales; se requieren metas concretas que articulen cómo la acción climática contribuirá a la igualdad de género y



viceversa. Por ejemplo: incrementar en X% los ingresos de mujeres agricultoras mediante prácticas agrícolas resilientes, o capacitar a X número de mujeres en energías renovables, logrando a la vez la instalación de N paneles solares en sus comunidades. Establecer este tipo de metas duales orienta al equipo y previene que uno de los enfoques quede relegado.

► Enfoque “Alcanzar-Beneficiar-Empoderar”

Al planificar las intervenciones, se propuso aplicar el enfoque “Alcanzar – Beneficiar – Empoderar” para asegurar que las iniciativas no se queden en la inclusión simbólica de mujeres, sino que avancen hacia su empoderamiento real. Esto implica verificar que el programa alcanza a las mujeres (es decir, las involucra y las considera destinatarias desde

el inicio), beneficia a las mujeres de manera tangible (mejorando su bienestar, ingresos o resiliencia), y finalmente empodera a las mujeres (fortaleciendo su agencia, liderazgo y poder de decisión) en el contexto de la acción climática. Incorporar este marco escalonado en el plan de acción ayuda a que los equipos eleven la ambición de sus acciones: de simplemente llegar a las mujeres, a generar beneficios concretos, y de allí a promover transformaciones en las relaciones de poder en favor de la igualdad.

► Recursos asignados y capacidades

La asignación presupuestaria y de personal debe reflejar el compromiso integrador. Un criterio mínimo es contar con una porción identificable del presupuesto destinada a actividades de género-clima (por ejemplo, capacitación en género para equipos técnicos, adaptación de tecnologías a necesidades de mujeres, etc.), así como personal capacitado o asesoría experta para implementar el enfoque transversal. Sin recursos ni gente dedicada, incluso las mejores intenciones quedan en papel. Algunas organizaciones han institucionalizado roles como “especialista de género y clima” o han conformado comités interdepartamentales que supervisan la transversalización en todo el ciclo del programa como parte de estas medidas.

► Implementación participativa y alianzas

Para evitar soluciones impuestas que no perduren, es fundamental cumplir con un criterio de participación inclusiva durante la ejecución. Esto implica involucrar

a mujeres (y hombres) de las comunidades locales en la toma de decisiones, en la gestión de las actividades y en la evaluación de resultados. Modelos como las mesas locales de acción climática con enfoque de género – donde lideresas comunitarias co dirigen las iniciativas – fueron recomendados. Asimismo, aliarse con organizaciones de mujeres, colectivos juveniles, autoridades locales y expertos técnicos asegura una variedad de perspectivas y distribuye mejor las responsabilidades. Ninguna entidad tiene todas las competencias en género y clima, por lo que trabajar en alianza (multi-actor) fue enfatizado como buena práctica para robustecer los proyectos y legitimar las acciones ante la comunidad.

► Monitoreo, evaluación y rendición de cuentas

Un programa verdaderamente comprometido rinde cuentas de sus logros en género y clima con la misma rigurosidad. Las personas participantes aconsejaron definir indicadores de impacto para cada objetivo trazado, integrando indicadores sensibles al género (p.ej., aumento en liderazgo femenino, reducción de brechas de acceso a recursos) junto con indicadores climáticos (p.ej., toneladas de CO₂ evitadas, número de hogares más resilientes). Estos indicadores deben desagregarse por sexo y otros criterios pertinentes, y recolectar datos de línea base para medir cambios. Además, es importante establecer mecanismos de transparencia que prevengan la tentación de exagerar los logros: informes públicos, evaluaciones independientes o auditorías participativas pueden ayudar a validar que los resultados en género-clima son reales y no mero discurso. Siguiendo las preguntas guía propuestas en el Lab – ¿Cuenta el programa con análisis serios? ¿Tiene objetivos específicos y presupuesto? ¿Reporta indicadores de impacto? – se puede verificar si una iniciativa cumple con estos mínimos o si estamos ante un caso de integración superficial.

Adicionalmente, el Learning Lab generó recomendaciones estratégicas más amplias. Una de ellas es **impulsar políticas institucionales dentro de las organizaciones** que formalicen el enfoque de género y clima (por ejemplo, adoptar un marco o política interna de salvaguardas climáticas y de equidad). También se recomendó **abogar ante financiadores para que incluyan criterios de género-clima en sus convocatorias y evalúen proyectos con ese lente**, creando un efecto cascada en el ecosistema de inversiones de impacto. En síntesis, los criterios anteriores funcionan como un “piso mínimo” común, mientras que las recomendaciones invitan a elevar la ambición y transformar prácticas institucionales para hacer de la integración una norma y no la excepción.

Igualmente, se identificó la **necesidad de contar con mecanismos de financiamiento especializados** para iniciativas que conjugan género y clima, espe-

cialmente enfocados en pequeñas y medianas empresas. Se sugirió **combinar modalidades de apoyo** – como fondos no reembolsables (grants) junto con préstamos en condiciones favorables – de modo que estas pymes puedan innovar en soluciones climáticas con equidad de género sin asumir todos los riesgos financieros desde el inicio. Este financiamiento combinado ayudaría a escalar proyectos incipientes, proporcionando capital semilla y acompañamiento, y luego inversión recuperable para crecimiento.

Otra recomendación fue **diseñar planes de acción flexibles**, ajustados a la realidad de las pequeñas empresas y organizaciones locales. Esto implica permitir iteraciones y adaptaciones sobre la marcha, reconociendo que cada contexto es distinto y que las pymes pueden requerir mayor acompañamiento y plazos más largos para incorporar ambos enfoques. La flexibilidad y la sensibilidad a su capacidad operativa aseguran que la integración de género y clima sea factible y sostenible, en lugar de convertirse en una carga administrativa.

► **Midiendo el impacto genuino y promoviendo cambios estructurales**

Un punto culminante de la discusión fue cómo asegurarnos de que la integración género-clima produzca impactos reales y sostenibles, más allá de cifras de corto plazo. Las personas expertas coincidieron en que debemos afinar la manera en que medimos el éxito y promovemos los cambios estructurales:

► **Más allá de los números: indicadores cualitativos y de largo plazo:**

Si bien los indicadores cuantitativos (ej. número de mujeres capacitadas, toneladas de carbono reducidas) son necesarios, por sí solos no capturan plenamente los cambios en poder, prácticas sociales o resiliencia a futuro. Se recomendó complementar las métricas tradicionales con indicadores cualitativos y análisis narrativos que reflejen transformaciones en normas de género o capacidades adaptativas. Por ejemplo, medir el nivel de agencia de las mujeres beneficiarias (si participan en decisiones familiares o comunitarias tras el programa), documentar cambios en percepciones de hombres y mujeres sobre roles de género, o registrar historias de vida que muestren mejoras en autonomía económica gracias al proyecto. Estas evidencias cualitativas, aunque más sutiles, son cruciales para determinar si se está produciendo un empoderamiento genuino y un cambio social significativo, o si solo se alcanzaron entregables superficiales.

Lazos con cambios estructurales: Las personas participantes enfatizaron que el objetivo último es alterar las estructuras que perpetúan la inequidad y la vulnerabilidad. Por ende, además de medir resultados inmediatos, hay que evaluar contribuciones a cambios sistémicos. ¿El programa influyó en alguna política pública o normativa local para incorporar la perspectiva de género en la acción climática? ¿Se fortalecieron organizaciones de base lideradas por mujeres o redes comunitarias que seguirán activas tras el cierre del proyecto? ¿Logró insertar el tema de género y clima en el discurso institucional de la municipalidad, ministerio o empresa involucrada? Indicadores como “existencia de un comité permanente de género y ambiente en la comunidad X al cabo de 3 años” o “aumento del presupuesto municipal asignado a iniciativas de mujeres agricultoras resilientes” pueden señalar avances estructurales. Asimismo, se sugirió dar seguimiento a efectos multiplicadores: por ejemplo, si las mujeres formadas están entrenando a otras, si un modelo piloto está siendo escalado por políticas mayores, o si se están derribando estereotipos (que las niñas vean a mujeres como ingenieras solares, etc.). Medir estas dimensiones requiere evaluaciones longitudinales y participación de sociólogos/as o antropólogos/as, pero es clave para comprobar un impacto duradero.

Herramientas de medición innovadoras: Para capturar la complejidad de la intersección género-clima, surgió la recomendación de combinar métodos de investigación participativa y nuevas tecnologías. Por un lado, involucra a las propias beneficiarias en la recolección y análisis de datos – por ejemplo, mediante fotodiarios, mapeos comunitarios de riesgos o evaluaciones dirigidas por mujeres – lo que en sí mismo las empodera y brinda información contextual rica. Por otro lado, aprovechar herramientas digitales: aplicaciones móviles para seguimiento en tiempo real con datos desagregados, encuestas vía SMS que puedan consultar a mujeres en zonas remotas, o incluso sensores y teledetección que midan variables biofísicas combinadas con datos socioeconómicos. Un participante mencionó el uso de una plataforma de datos abiertos donde integran indicadores climáticos (precipitaciones, productividad) con indicadores sociales (ingresos por sexo, seguridad alimentaria del hogar), permitiendo visualizar correlaciones y orientar decisiones adaptativas. Innovaciones así pueden hacer más visible el nexó género-clima y facilitar la toma de decisiones basada en evidencia.

Rendición de cuentas compartida: Por último, se discutió que medir impacto no es solo un asunto técnico, sino también político y ético. La rendición de cuentas debe dirigirse hacia las comunidades a las que se pretende beneficiar. En ese sentido, se propuso que los programas instauren mecanismos de retroalimentación donde las participantes puedan opinar si las acciones realmente mejoraron sus vidas

y entorno. Espacios de diálogo periódico con la comunidad, auditorías sociales o comités de monitoreo comunitario pueden garantizar que la evaluación del impacto incluya la voz de quienes importan. Esto no solo valida la efectividad de la integración, sino que refuerza la confianza y legitimidad, incrementando las probabilidades de sostenibilidad a largo plazo.

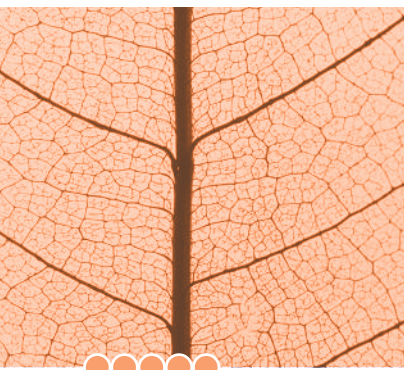
Además, se hizo hincapié en mantener las expectativas de medición realistas, especialmente para organizaciones pequeñas o proyectos piloto. No se puede exigir la perfección desde el inicio: es preferible comenzar con un conjunto manejable de indicadores – priorizando la pertinencia y la calidad de los datos sobre la cantidad – e ir ajustándolos con el tiempo a medida que mejora la capacidad de monitoreo. Este enfoque gradual evita abrumar a los equipos y reconoce las limitaciones operativas, a la vez que permite demostrar avances genuinos sin crear falsas expectativas de resultados inmediatos.

► Reflexiones Finales: impulsando la agenda Género-Clima

Las deliberaciones del Learning Lab concluyeron con un consenso claro: integrar la perspectiva de género en la acción climática no es opcional, sino esencial para lograr un desarrollo verdaderamente sostenible y justo. Los casos de éxito y desafíos analizados revelan una realidad dual. Por un lado, nunca antes hubo tanto reconocimiento político y social de la importancia de este nexo; existen marcos internacionales, planes nacionales y ejemplos prometedores que sirven de guía. Por otro lado, la implementación efectiva aún enfrenta obstáculos significativos – desde la falta de datos y recursos hasta inercias culturales – que requieren un esfuerzo deliberado y coordinado para superarse. La buena noticia es que contamos con el conocimiento y las herramientas para cerrar la brecha entre la intención y la acción. Si los programas de impacto adoptan los criterios mínimos aquí descritos, comparten aprendizajes y se apoyan en alianzas, podrán evitar caer en prácticas cosméticas y materializar cambios transformadores.

Integrar género y clima no se trata de agregar una capa adicional de complejidad, sino de optimizar resultados: se generan soluciones climáticas más eficaces al incluir diversos saberes y necesidades, a la vez que se avanza en justicia de género. En palabras de una participante: “No es dividir el pastel de recursos en más partes, es hacer el pastel más grande y nutritivo para todas y todos.” En suma, el marco de referencia co-construido en este Learning Lab – con buenas prácticas, criterios y recomendaciones – ofrece una hoja de ruta para que organizaciones y fondos de inversión en América Latina lleven sus compromisos al siguiente nivel.

El desafío inmediato es poner en práctica estos acuerdos: pasar del dicho al hecho, con valentía para innovar y perseverancia para sostener el enfoque en el tiempo. Solo así podremos escalar las soluciones que ya están funcionando, corregir el rumbo donde haga falta y, en última instancia, contribuir a un futuro donde las acciones climáticas incorporen la igualdad de género como norma, y donde la igualdad de género se fortalezca con cada acción climática emprendida.



GLOSARIO



Adaptación: Acciones para reducir la vulnerabilidad frente a impactos climáticos actuales o futuros, como sequías o inundaciones. Incluye medidas locales (cultivos resistentes, sistemas de riego) y políticas nacionales (alertas tempranas, infraestructura resiliente). Busca anticipar y gestionar riesgos climáticos para asegurar desarrollo sostenible ([PNUD, 2021](#)).

Resiliencia: Capacidad de comunidades y ecosistemas para resistir, adaptarse y recuperarse de eventos adversos manteniendo sus funciones esenciales. Implica aprender de la experiencia y reorganizarse para estar mejor preparados ante futuros choques ([IPCC, 2022](#)).

Mitigación: Conjunto de medidas para reducir emisiones de gases de efecto invernadero y aumentar la captura de carbono a través de bosques u otros sumideros. Incluye transición a energías renovables, eficiencia energética y agricultura sostenible. Es clave para limitar el calentamiento global a +1,5 °C.

Justicia climática: Enfoque que vincula cambio climático con equidad y derechos humanos. Reconoce que los más vulnerables sufren los peores impactos pese a haber contribuido mínimamente al problema, y exige que quienes más emiten asuman mayores responsabilidades ([Mary Robinson Foundation, 2025](#)).

Empoderamiento: Proceso por el cual personas o grupos adquieren autonomía, confianza y capacidad de decisión sobre sus vidas. En programas de impacto, implica garantizar a las mujeres acceso a recursos, liderazgo y participación plena en soluciones sostenibles.

Greenwashing: Práctica de aparentar sostenibilidad ambiental mediante campañas o acciones simbólicas, sin cambios sustanciales en las operaciones. Genera desconfianza y desvía recursos de iniciativas genuinas.

Gender-washing: Simulación de compromiso con la igualdad de género, por ejemplo, al incluir mujeres solo de forma simbólica en proyectos. Se usa para mejorar reputación sin transformar estructuras de poder.

Interseccionalidad: Enfoque que analiza cómo identidades sociales (género, raza, clase, edad) se cruzan, generando experiencias únicas de desigualdad u opresión. Reconoce que no todas las mujeres enfrentan las mismas barreras ([Crenshaw, 1989](#)).

Perspectiva de género: Integración transversal de las diferencias y desigualdades de género en políticas y programas. Garantiza que hombres y mujeres participen y se beneficien en igualdad, cerrando brechas en acceso y derechos..

Acción climática: Conjunto de medidas para enfrentar el cambio climático, tanto de mitigación como de adaptación. Involucra gobiernos, empresas y sociedad civil, y se alinea con el ODS 13 y el Acuerdo de París.

Co-beneficios: Beneficios adicionales derivados de una acción climática. Ejemplo: al mejorar eficiencia energética se reducen emisiones y también se gana en salud pública y empleo verde.

Economía del cuidado: Actividades, remuneradas o no, que sostienen la vida y el bienestar (cuidado de niños, ancianos, enfermos, trabajo doméstico). Este sector recae mayormente en mujeres y es clave para la equidad y la sostenibilidad ([CEPAL, 2020](#)).

Datos desagregados: Información estadística separada por variables como sexo, edad o etnia. Permite visibilizar brechas y diseñar políticas focalizadas en género y clima. Sin ellos, los impactos diferenciados quedan invisibles.

ORGANIZACIONES PARTICIPANTES

Hosts: Fundación WWB, WWF Colombia y Latimpacto

Participantes sessão Learning Lab 27.09.2025

Nombre	Organización
Gustavo Fructuozo Loiola	Latimpacto
Alan Pierce	Alive Ventures
Luciana Marcolino	Conexusus
Ana López	Conservation International
Rachel Murphy	Deetken Impact
Yuber Vargas	Desjardins Desarrollo Internacional
Natalia Saba	Desjardins Desarrollo Internacional
Alejandra Galeano	Fundación WWB
José Manuel Rincón	Fundación WWB
Soraya Husain	Fundación WWB
Elkin Fernando Marin	Fundación WWB
Lorena Calapsu	Fundación WWB
Angélica Joya-Montenegro	ISA
Lina Cuervo	WWF Colombia
Yenny Devia	WWF Colombia



Latimpacto

fundación
wwb
Colombia

